



EN BUSCA
DE CEMENTERIO

Oscar M. Aguilar

EN BUSCA
DE CEMENTERIO



Primera edición: febrero de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Oscar M. Aguilar

ISBN: 978-84-19151-34-6

ISBN digital: 978-84-19151-35-3

Depósito legal: M-3080-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para el Ocho:
Dude, I totally miss you, I really fucking miss you...
all the time.*

NOTA DEL AUTOR

Comencé a escribir *En busca de cementerio* en 2015, novela ambientada en un México devastado por la lucha contra el narcotráfico allá por el 2011. Puede parecer un poco distante. Realmente no ha cambiado en nada.

Hay un par de puntos que es importante aclarar. La primera es que la novela es completa y totalmente ficticia. Como este país ha sido gobernado por inútiles y ambiciosos, es probable que algunos acontecimientos hayan ocurrido en la vida real, y tal vez hasta peor de los que he narrado.

Algunos temas son un poco fuertes y podrían resultar difíciles de digerir para muchos fanáticos religiosos. Pero bien lo dijo el gran Rius; «... en México, los que aún creen en las Apariciones y llevan a cabo sus peregrinaciones a la Villa, no leen».

Y la segunda. La música rock, en especial el heavy metal, siempre ha sido satanizada. Tal vez este libro se preste para que gente, en contra de dicho género musical, siga categorizando al rock como tal, y que al escucharlo te transformes en un asesino en serie. La música no te convierte en una mala persona. Mi postura es la misma con los narcocorridos; el escuchar dichas canciones no te harán un narcotraficante.

La música, al igual que una novela, son historias que contar por el simple hecho de entretener y tal vez dar un mensaje a la gente que la consume. El arte es totalmente personal y puede tener varios significados, dependiendo la persona que lo interprete.

PARTE UNO

*Excesivo dolor, México Bárbaro,
Sangre y desolación, México Bárbaro.*

Lorenzo Partida
México Bárbaro
Transmetal.

I

...Y aquí estoy sentado e inmóvil en el baño, viendo mis manos llenas de sangre.

—¡Dios mío!, ¿Qué he hecho?...

Es algo curioso como la mayoría de las personas acuden a esta expresión en el momento que sienten mucho miedo. Aun cuando piensan que son ateos, invocan a este ser supremo:

Estás en tu cuarto con las luces apagadas viendo un largometraje de terror. Hay un silencio en alguna escena de la película, el personaje principal recorre el sótano, esperas con ansiedad alguna aparición y ¡pum!, se escucha un ruido en la cocina; «Dios mío».

Es de noche, vas caminando por un callejón, las luces de los postes parpadean y a los pocos segundos se apagan por completo. La única iluminación que hay es el claro de luna. De pronto alcanzas a percibir la silueta de un hombre acercándose hacia a ti; «Dios mío».

Pero realmente te transformas de ateo a creyente, en cuestión de segundos, cuando tienes a la muerte cerca, muy cerca. «La muerte», el miedo natural de casi todo ser humano. El miedo de saber que tu juego ha terminado y simplemente la pantalla se va tornando en tonos grises hasta llegar a negro y en un instante se acaba todo.

Desde el principio de la civilización te hacen creer que si cumples con ciertas reglas, y no te atrasas con tu diezmo, tendrás vida eterna en el paraíso... ¿será por eso que acudes a la expresión «Dios mío» cuando está la muerte cerca? A lo mejor para la mayoría de las personas, pero para este caso en particular no tiene sentido. No sentí ningún tipo de miedo, me pareció muy normal, y la muerte a mí no me visitaba.

Tuve mucha suerte. Aunque ¿cómo podría haber suerte cuando pasa algo totalmente opuesto?

—¿Cómo te fue en tu examen, Alan?

—¿Tienes un cigarro? —me recargaba en un árbol que se encontraba enfrente del salón donde había realizado su examen. Enseguida saqué dos cigarros Red apple de la cajetilla. Alan estaba a punto de contestar, sin embargo, al momento de abrir su boca fue interrumpido:

—Jóvenes, no pueden fumar aquí —mencionó el profesor de Alan (típico profesor calvo, con lentes, enano y barrigón), al salir del salón.

—¡Chinga tu madre! —dijo Alan al ver que el profesor se retiraba e iba a una distancia donde no lo podía escuchar—. Como me caga ese imbécil —encendimos los cigarros sin que nos importara la advertencia del profesor—. Bueno, te decía. Espero que si lo pase. Estuve toda la noche estudiando.

—Sí, claro —contesté con sarcasmo.

Alan era un chico listo, aunque últimamente había estado bajando de calificaciones. Le gustaba mucho ir a bares del centro de la ciudad, escuchar un poco de rock and roll, fumar mariguana y tomar cerveza. Constantemente tenía problemas con sus padres que no entendían su nuevo comportamiento.

Yo realizo las mismas actividades nocturnas, con la única diferencia de que soy muy disciplinado. Tengo uno de los mejores promedios de mi generación, me gusta leer y estudiar mucho. Pero mi principal pasión es tocar la guitarra. Tengo una banda de heavy metal con unos amigos llamada *Savage fear*.

Alan y Yo nos conocimos en una de mis tocadas en el *whiskey*, un bar al que acostumbrábamos ir los dos.

Probablemente Alan me vio por primera vez arriba del escenario tocando con mi guitarra Ibanez blanca, parecida a la de Steve Vai.

Soy un clásico estereotipo metalero; tengo el cabello largo y ondulado color negro y, cuando toco, uso pantalón de cuero ajustado, botas moteras de piel sintética, camisa negra de manga larga desabotonada y por debajo una playera de alguna banda de heavy metal.

Tocábamos canciones con melodías pegajosas: una combinación de Maiden y Sabath, quizás pensó Alan al momento que se convertía en un nuevo fan de *Savage fear*.

—¡Qué buena banda! —dijo Alan acercándose a mí al terminar de tocar—. Me gustó mucho la última canción que tocaron, ¿Todas son de ustedes?

—Qué bueno que te gustó —contesté sin ningún gesto de agradecimiento mientras me encontraba guardando mi guitarra en el estuche—. Y sí, todas son de nosotros.

—¿Llevan mucho tiempo tocando?

—Sí, ya llevamos bastante tiempo. —no tenía ningún interés de seguir la plática, pues estaba más inclinado en ir con un par de chicas que sonreían al verme. Alan se dio cuenta que las observaba con detenimiento.

—¿Quieres que te las presente? Son unas amigas —en ese momento le presté mucha atención a mi nuevo amigo Alan.

—Sí, ¿Por qué no? —respondí con una ligera sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Fer Olvera.

Esto había pasado aproximadamente hace seis meses.

—¿Qué crees? Mis padres salieron de viaje y llegan dentro de dos semanas. Vamos a mi casa, nos tomamos unas cervezas y te llevas algo de hierba —dije mientras seguíamos fumando debajo del árbol.

—Sí, me parece excelente tu idea. Este examen fue muy estresante y quiero relajarme un rato.

Salimos de la facultad y nos dirigimos a mi Honda Civic negro que se encontraba en el estacionamiento.

Mucha gente me saluda al caminar por la escuela, la mayoría mujeres. Y es que la verdad tengo mucho carisma —soy guapo, alto y delgado. Tengo la barba un poco larga y descuidada, y mi tez es moreno claro. Tengo aspecto rudo y mi aroma es siempre a Paco Rabanne—. En ocasiones respondo a sus saludos con arrogancia y si alguien trata de sacarme plática simplemente los ignoro. Depende mucho el humor que lleve.

Dos chicas, que caminaban en sentido contrario a nosotros, se quedaron en medio del camino, como si nuestra presencia les indicara que tenían que parar. Una de ellas tenía el cabello rojo y nos volteaba a ver constantemente.

—¡Hola! —me dijo la pelirroja al pasar por su lado.

—Hola —le contesté y seguí caminando.

—Maldito... —alcancé a escuchar a lo lejos, proveniente de la acompañante de la pelirroja.

—¿Sabes quién es? —me preguntó Alan volteando hacia atrás para observarlas de nuevo. Negué con la cabeza.

—Ella es famosa por hacer videos.

—¿Porno? —dije y los dos empezamos a reír.

—Videos sobre anime: «Animegirl360».

—No me digas que te gusta el anime, maldito nerd —comenté con burla.

—No, pero una de sus amigas va en mi salón y se la pasa presumiendo a todo el mundo que la conoce.

—Pues está guapa.

Llegamos al estacionamiento y nos subimos al coche para abandonar el campus. Alan vio a su hermana cuando daba marcha el Honda, y como un perro asustado al intentar apedrearlo, se escabulló al asiento trasero.

—¡Maldita sea! Mi hermana. Espero que no me haya visto. Es capaz de empezar a molestar y decirle a mi madre.

—¡Qué guapa es tu hermana! —mencioné al momento que me saludaba. Respondí el saludo mandándole besos.

—Cállate y maneja.

Durante el camino hacia mi casa veníamos escuchando «Radio Rebelde», una estación local donde pasan *rock and roll*.

—Acabamos de escuchar a Ángeles del Infierno con «es un pacto con el diablo». Recuerden que estarán presentándose el próximo mes en *el whisky*, esperemos que no cancelen esta vez. Aunque la situación por la que pasamos en la ciudad no nos favorece en nada.

Seguimos con más rock pesado en «Radio Rebelde» y esto que viene a continuación es un clásico de los ochentas: «*Iron Maiden*» con «*the number of the beast*».

—Súbele a esa canción —dijo Alan. Le di una última fumada a mi cigarro para después tirar la colilla por la ventana y subí el volumen, pero a un nivel razonable para poder platicar.

—Espero que no se cancele el concierto —dije—. No sé por qué les da miedo venir. Aquí solamente se matan entre narcos, o narcos y policías; una guerra mexicanos contra mexicanos... Bueno, y uno que otro colado que se atraviesa cuando hay balazos —Los dos empezamos a reír.

—Sí, pero ya vez como son los extranjeros. A lo mejor piensan que al momento de pisar México llegará un narco y le disparará sin ningún motivo.

—Tienes razón, son crédulos —solté una carcajada espontánea.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alan sorprendido al escucharme reír.

—Me acordé de algo —dije finalmente al parar de reír—. ¿Sabes quién es Mario? —negó moviendo la cabeza—. Es un compañero de la «uni» que una vez me contó una historia. Al principio no me parecía chistosa hasta ahora que estamos hablando de extranjeros en México —volví a reír. Mi humor es algo extraño—. A lo mejor explica el porqué del temor de los extranjeros al venir a México —continuaba

diciendo—. Me contó que un día fue de vacaciones a Tamaulipas. Iba en la carretera con su familia y en una parte del camino tuvieron que ir reduciendo la velocidad —bajé por completo el volumen al estéreo—. Había un retén, al menos eso pensó... sin embargo, el problema es que las personas que montaron el retén no iban vestidos como policías o militares, sino como civiles aunque llevaban armas —volteé a la izquierda y observé por la ventana a un perro muerto sobre la calle. Me quedé pensando cuánto tiempo llevaría ahí, pues su cuerpo ya estaba todo hinchado. Vi de reojo el retrovisor y alcancé a ver la cara de Alan como esperando a que siguiera contando la historia—. Enfrente del coche donde venía Mario y su familia iba una camioneta color negro, me dijo que una lobo. Las personas que tenían el supuesto retén hicieron señas para que se pararan, mientras apuntaban con sus armas a la camioneta, pero en lugar de pararse aceleraron. Los narcos empezaron a disparar contra la camioneta lobo y esta chocó con otra que se encontraba bloqueando la carretera. Lograron huir del lugar, y los del retén se dispusieron a perseguirla. De ahí Mario y su familia ya no vieron que pasó. Al siguiente día salió en el periódico, en una de tantas notas sobre narcos; «Pareja estadounidense asesinada en un narco retén». Al parecer los que iban en el interior de la lobo, se encontraban de vacaciones, pero ¿por qué los mataron? Supuestamente el cartel de ese territorio había recibido noticias de que presuntos sicarios del cartel rival irían a visitarlos, obviamente no visita amistosa, y les habían dicho que probablemente llegarían en camionetas negras. El error de los gringos fue no pararse cuando se los indicaron, entraron en pánico al ver a tantos hombres armados que decidieron escapar. No lo lograron, claro está. La nota del periódico menciona también, según me contó Mario, que la camioneta fue encontrada quemada, con varios balazos, y con los cuerpos calcinados de la pareja adentro del vehículo.

—¿Y qué pasó con Mario y su familia? —preguntó Alan con voz suave, un poco preocupado.

—No disfrutaron sus vacaciones —comencé a reírme de nuevo—. Creo que al día siguiente se regresaron.

—¿De qué te ríes? y ¿Qué tiene de chistosa la historia?

—¿Pues cómo de qué? Es probable que sus familiares y/o amigos les hayan dicho: «no vayan a México, los van a matar». Si lo pensamos bien, ¿qué probabilidad había de que los mataran narcotraficantes? Únicamente los mataron porque se confundieron.

En algo tuvieron la culpa también los «gringos», aunque pienso que fueron pochos, ¿Por qué coño no se pararon?... pero bueno, tenemos mala fama —justo en ese momento, tuve que frenar de forma brusca. De lado izquierdo, perpendicular a nuestra posición, se pasaba el alto una camioneta Dodge, color blanca de una sola cabina, con la sirena puesta, correspondiente a la policía ministerial—. ¡Pendejos de mierda!, de seguro no pasó nada. Solo no querían esperarse al verde del semáforo —en la camioneta iban dos personas. El policía que manejaba me observó al momento de pasar por delante de nosotros, o al menos eso parecía, ya que traía puestos unos lentes oscuros tipo aviador, probablemente ray-ban. Creía haberlo visto antes, no logré saber dónde ni cuándo.

—Por fin llegamos, ya me estoy meando —dije al estacionar el carro en la cochera.

Alan permaneció en la parte de atrás todo el camino, como si yo fuera su chofer, aunque no me molestó y no le di importancia hasta ahora que lo pienso.

El teléfono estaba sonando cuando entramos, así que lo agarré y me fui al baño. Mientras me desabotonaba el pantalón contestaba el teléfono. Era mi hermano y fue algo breve. Me dijo que estaba en la casa de un amigo haciendo una tarea en equipo y que pasaría la noche ahí.

Se me hizo algo extraño que me hubiese marcado. Realmente no me hubiera dado cuenta que no estaba en la casa, y si lo pienso bien, es en este preciso momento donde considero la primera de mis suertes.

Mi hermano iba a llegar a la casa hasta al siguiente día en la tarde. Estábamos completamente solos. Aunque al referirme a suerte,

no es que haya tenido «suerte» esta noche. ¡Por dios! Que desagradable pensamiento. Si pasó algo entre nosotros, mas no sexual.

Toda la tarde nos la pasamos en la sala bebiendo cerveza, fumando mariguana, escuchando música y filosofando sobre la vida. Al principio nuestra plática no era tan consecutiva, conversábamos por un tiempo y durábamos más callados moviendo la cabeza al ritmo de la canción que sonaba, por lo regular cada cabezazo era un tiempo de cada compás. Mientras más cerveza tomábamos más profunda era nuestra charla.

Agarré el periódico que se encontraba en la mesa de centro para ver si había algo interesante de qué debatir.

—Local: Matan a equis imbécil cerca de su domicilio, policía muerto en enfrentamiento... que hueva. Sociales: con alegría festejaron familiares y amigos la boda de «blablabla», ¿Qué piensa la gente al pagar para que publiquen cosas que a nadie más le importan? Ya los imagino a estos tarados al siguiente día: «mira aquí estamos! Seremos famosos». Y estoy seguro que todavía lo presumen: «ayer salí en el periódico». Que patéticos —me eché a reír.

—¿Cómo es posible que sigan pagando si ahora lo pueden publicar gratis desde Facebook? Creo que hasta más personas lo verían.

—Son tan pendejos que piensan que por salir en el periódico serán importantes —le di un trago a mi cerveza y pensé en algo que casi me hace escupirla—; Imagínate una publicación así: «María Fernanda pierde virginidad a sus dieciséis años quedando embarazada. Destacada estudiante del CONALEP y futura madre soltera celebra con familiares y amigos».

—Solamente falta que anuncien eso —alcanzó a decir Alan mientras se carcajeaba—. ¡Oye! Regresando a las noticias que mencionaste al principio —dijo cortando la risa dramáticamente—, ¿tan mal estamos que hasta normal se nos hace ver ese tipo de noticias? Todos los días se encuentran cuerpos en las calles.

—Sí, es una locura. ¿La policía investigaría cada muerto que aparece?

—¡Quién sabe! a lo mejor sí, porque no todos son relacionados al narcotráfico —permaneció en silencio un rato y después agregó—. ¿Tú conociste a alguien que lo hayan matado? —negué con la cabeza.

—Yo sí. Un compañero de la preparatoria. Un día me avisó un amigo que habían matado a Saúl, así se llamaba. Lo habían secuestrado porque su hermano debía dinero. Al parecer fue ajuste de cuentas. La familia pagó, pero la policía encontró su cuerpo sin vida y con marcas de tortura. Su hermano, creo que todavía vive.

—Se salvó el puto. Te apuesto que todavía sigue involucrado en el narco —enseguida llegó mi segundo golpe de suerte disfrazado del celular de Alan. Ya eran como las once de la noche.

—¿En dónde estás, Alan? —contestó y puso el alta voz en su celular.

—Mamá, estaba a punto de llamarte. Fíjate que me quedé haciendo tarea con unos amigos y se nos hizo tarde. Todavía nos falta mucho, creo que pasaré aquí la noche —Que ingenio de Alan, aunque no del todo. Pensó en Erick, que realmente estaba haciendo tarea, y eso fue lo primero que se le vino a la mente.

—Ya no sé si creerte Alan. De seguro estas con tus amigos tomando —escondí mi cerveza en forma de burla, Alan me vio y se aguantó la risa.

—Claro que no, estoy haciendo... tarea —le costó un poco de trabajo terminar esa frase.

—Mañana saliendo de la escuela te vienes directo para acá, ¿Entendido?

—Sí, claro. Hasta mañana —al colgar, Alan apagó su celular—. Para que ya no ande molestando.

¿Cuál habrá sido mi suerte número tres? Alan no gritó. El único ruido que se escuchó provenía de las bocinas. Todo fue muy rápido.

—¿Quieres una fumada más? —dijo Alan mientras ponía más mariguana en la pipa—. Me dijeron que no es muy fuerte.

Alan se encontraba sentado en un sillón de espaldas a las escaleras. Yo estaba sentado en un sillón más grande, justo frente a él.

—Un poco, ya me está pegando chido. ¿Que escuchamos? —pregunté al momento que deslizaba mi dedo en la pantalla *touch* de mi celular, el cual estaba conectado a un amplificador con dos bocinas.

—Pon a led zeppelin. Siempre me gusta escuchar zeppelin cuando fumo —dijo mientras daba una fumada a la pipa, exhaló una bola de humo y la volvió a inhalar con la boca—. ¿A dónde vas? —me pasó la pipa.

—Voy al baño —le di una fumada a la pipa, tosí, la dejé en la mesa de centro y me paré con un poco de trabajo. Parecía como si la gravedad aumentaba y mi peso era más grande.

—Cuando regreses me traes otra cerveza.

Antes de empezar a beber, habíamos comido unas hamburguesas con papas en el puesto «La Carreta» que se encuentra en la esquina de la cuadra donde está mi casa. Alan había digerido esa hamburguesa con papas y al mezclarse con las primeras cervezas, provocó que el baño de abajo quedara fuera de servicio, entonces teníamos que ir al baño que se ubicaba en la segunda planta.

Sin cerrar la puerta me dispuse a descargar las cervezas que me había tomado. Al terminar, jalé la cadena sin dejar que se descargara toda el agua del tanque, quedando un poco amarilla en la taza. Fui a lavarme las manos, sin usar jabón y lo más rápido posible. Silbaba la canción que sonaba en las bocinas.

No había ninguna toalla en el baño, tuve que salir a buscar una a mi cuarto y al encender la luz de la habitación las observé; tres katanas negras se ubicaban en una repisa de madera, una más grande que la otra.

Si no hubiera pasado esta situación es probable que nunca me hubiese acordado cuando las compré. Es algo extraño como el ce-

rebros recoge recuerdos que al parecer no tienen importancia, hasta que se necesitan y se proyectan.

—Fernando ¿por qué compraste eso? —me dijo mi mamá en cuanto me vio entrar con las espadas.

—¿Qué tiene de malo? —contesté con voz burlona.

—¿Qué tiene de malo? espera a que llegue tu padre

—No pasa nada, las compré solamente como adorno.

Sin embargo, sabía a lo que temía mi madre. Soy muy impulsivo y la falta de control a mis impulsos varias veces me metía en problemas.

Me gustaba jugar con los cuchillos de la cocina, y simular que apuñalaba a todos los que se encontraban en ese instante conmigo.

—Algún día vas a lastimar a alguien, deja eso ahí —todos me advertían lo mismo.

Recogí la espada más chica y dejé su funda sobre mi cama. «Le sacaré un buen susto a Alan» iba pensando al bajar las escaleras. Vi a Alan sentado en el mismo sillón. Me iba acercando hacia a él, caminando despacio e intentando hacer el menor ruido posible hasta que me coloqué detrás de él. Con la mano derecha sujetaba la espada, así que puse mi brazo izquierdo sobre su cuello. Empecé a simular que le enterraba la espada en el pecho al ritmo de *Immigrant song* de Led Zeppelin.

Alan logró zafarse y dio un salto del sillón poniéndose enfrente de mí.

—¿Qué mierda pasa contigo? Deja eso.

—No pasa nada —contesté mientras me burlaba—. Soy un buen samurái —al decir la palabra samurái, justo en la primera sílaba hice un rápido movimiento con la espada, como si hubiera bateado, pero en lugar de una pelota fue la garganta de Alan (Ahora que lo pienso, hubiera sido muy cómico que al momento de cortarle la garganta, Robert Plant hubiese gritado como en el intro de la canción).

La sangre empezó a escurrir por todo su pecho, parecía una pequeña cascada roja. A pesar de sus fumadas de marihuana, sus ojos estaban muy abiertos, mirándome fijamente sorprendido.

Me quedé paralizado mientras veía como mi amigo caía de rodillas para después desplomarse por completo sobre el suelo.

Por lo regular en la sala se encuentra una alfombra que cubre la mayor parte del cuarto, esta vez no estaba porque se había mandado a lavar.

Al parecer todo me favorecía, bueno no todo, mi amigo ya estaba muerto en la sala.

Fui con esperanzas a la cocina por una lata de cerveza pues mi boca árida la necesitaba. Afortunadamente todavía nos quedaban cuatro más, tomé una y me la acabé de un solo trago. Prendí un Red apple, regresé a la sala y me senté en el sillón a fumar mi cigarro. Al terminármelo decidí prender otro; tal fue mi sorpresa al ver que ya no tenía cigarros... «maldita sea». Pensé en ir a comprar otra cajetilla, pero era tarde y probablemente todas las tiendas hubieran estado cerradas, además no hubiera dejado solo a Alan.

De pronto me surgió una duda; ¿Qué hacer con el cuerpo? No quiero ir a la cárcel y sin pensar mucho, recordé lo suertudo que he sido. Su mamá, ni su hermana sabían que estaba conmigo. Mi hermano no está en la casa, ni mis padres. A ellos les puedo decir que estuve solo y me creerán sin ningún problema... seguía preguntándome qué hacer con Alan.

—¡Vivo en México! —dije mientras saltaba del sillón. Casi sonó como el clásico ¡viva México! con todo y acento a la Mariachi.

Fui a la cocina y empecé a sacar todas las ollas y recipientes de los muebles. Mi mente proyectó un recuerdo; Un libro, locos en Alabama, que hace mucho tiempo había leído, específicamente un personaje; la tía de peejoe y la cabeza de su esposo en un Tupperware. Empecé a reírme mucho. Podría funcionar, aunque solamente

para la cabeza, yo no tengo una nevera tan grande para guardar el cuerpo. Ocupaba algo más grande que solo un Tupperware, además creo que esa marca no tengo.

Encontré una hielera con ruedas —esto puede funcionar, pero no para todo el cuerpo—. Seguía pensando en dónde más poner el resto.

Soy muy fan del cine, y el hecho de ver muchas películas por fin daba frutos. Recordé una vieja película donde un grupo de amigos van a las Vegas y uno mata a una asiática y otro a un negro. No recuerdo el nombre, tal vez se llama; los amigos que matan al negro y a la asiática. Con una sonrisa en mi rostro guardé todos los recipientes en los cajones de la cocina y subí corriendo a la recámara de mis padres. Abrí su closet y tomé una maleta grande. Después fui al baño y dejé la hielera y la maleta. Parecía que todo estaba bajo control, ahora faltaba lo más difícil; cortar el cuerpo.

Fui a mi cuarto por una cobija y bajé a la sala. «Dios mío, va a estar pesado» pensé al ver a Alan acostado. Estiré la cobija y la coloqué a lado de Alan, después lo rodé hasta que quedara sobre ella, al momento que dio vuelta vi su rostro, me percaté que sus ojos parecían hundirse hacia su cráneo. Enseguida lo envolví por completo e hice dos nudos en ambas esquinas de la cobija para que no saliera el cuerpo al arrastrarlo.

Lo comencé a jalar, al llegar a las escaleras sujeté con cada mano un nudo, y con todas mis fuerzas lo cargué pero no pude llegar ni a la mitad de los escalones, lo solté y se escuchó un fuerte sonido provocado por la cabeza de Alan al golpearse con un escalón. Tomé de nuevo los nudos de la cobija y subiendo de espaldas comencé a arrastrar el cuerpo escalón por escalón.

Lo coloqué directo en la tina cuando finalmente pude llegar al baño. Empecé a quitarle la ropa y cuál fue mi sorpresa que Alan

tenía una erección, pensé que le había gustado, mas no fue así, ya había leído algo sobre «erección post mortem».

—Ahora, ¿con qué lo cortaré? —bajé de nuevo a la cocina y agarré un grande y afilado cuchillo. Empecé a cortar el cuerpo mientras silbaba *Stairway to heaven*; seguía sonando Led Zeppelin en mi celular. Parecía que ya lo había hecho antes, no me dieron nauseas ni expresé gestos de desagrado. Me había puesto colonia arriba del labio para así poder oler el aroma del perfume en lugar de la esencia que desprendía el cuerpo mutilado de Alan.

El proceso de mutilación fue el siguiente: Empecé con la cabeza, no fue tan fácil como pensaba. Jalé con la mano izquierda el cabello lacio de Alan para exponer su cuello. Con la derecha empecé a cortar sobre la herida que le había hecho minutos atrás. Al terminar coloqué la cabeza en la hielera. Seguí amputando los brazos, intentando cortar sobre la articulación de la escápula y el húmero. Proseguí con las piernas entre la cadera y el fémur. Los brazos los situé junto con la cabeza. El torso y las piernas las puse en la maleta, al igual que toda su ropa.

El baño quedó hecho un desastre, por suerte la cortina es de color rojo. ¡Que chistoso!, si hubiese planeado matar a Alan no me hubiera salido tan perfecto.

Después tenía que limpiar el baño y bajar el cuerpo de Alan, pero me dieron muchas ganas de evacuar el vientre. ¡Ya no aguantaba más!

Y aquí estoy sentado e inmóvil en el baño, viendo mis manos llenas de sangre.

—¡Dios mío!, ¿Qué he hecho?... ¿Por qué no me lavé las manos antes? —no me había dado cuenta de ese pequeño problema.

—Ni modo, me tendré que manchar un poco las nalgas.

Guardo la maleta y la hielera en la cajuela de mi coche. Veo mis manos, y la sangre de Alan se ha secado. Sigo sin lavármelas.

—¡Cómo deseo un cigarro! —me conformaré con una cerveza.

Antes de subir a limpiar el baño, me dirijo hacia el refrigerador. Sigue escuchándose Led Zeppelin.

—Pondré otra banda —voy hacia la sala y veo la pipa de Alan en la mesa de centro—. ¡A falta de cigarro! —reviso que aún tenga mariguana, prendo la pipa y le doy una fumada. Trato de aguantar lo más que puedo y suelto el humo.

—Pondré algo de Pink Floyd —empieza a sonar *When the tigers broke free* y me relajo en el sillón mientras doy otra fumada.

—Que buena canción. Iré por otra cerveza para no pararme después —No se me ha olvidado limpiar el baño, pero en este momento me da mucha flojera. Llego al refrigerador y agarro otra cerveza. Regreso al sillón, Inicia *Comfortably numb* y me termino la mariguana. Por fortuna Alan dejó su bolsita en la mesa, vuelvo a llenar la pipa y empiezo a fumar más.

Y sigo tomando más... Se escucha *Empty Spaces*.

—¡Fer!, ¡Fer! —me grita Alan varias veces.

—¿Qué pasó?... ¿Qué haces aquí? —digo sorprendido al ver a Alan a mi lado.

—¿Qué hago aquí?, ¿Qué te pasa?... Te decía que *Hey you* es una muy buena canción, no sé, qué piensas tú.

—Sí... Sí, me gusta —se escucha *Hey you* a lo lejos, muy a lo lejos—. ¿No estábamos escuchando Led Zeppelin? —continúo confuso, ¿Qué está haciendo Alan aquí?

—Estábamos, pero tú dijiste que querías poner a Pink Floyd —Alan empieza a reír de forma burlona—. Ya estás muy drogado, ¿Verdad?

—Sí, yo creo que sí. Me di un mal viaje.

